

TEMPLO HERMANA TERESA

"La intención"

30/08/2025



“La intención”

Queridos hermanos y hermanas,

En esta Ceremonia de hoy los invitamos a reflexionar sobre una frase que Carlos nos compartió y que encierra la sencillez de la naturaleza y, al mismo tiempo, la profundidad de la existencia humana y de la Fe:

“Cuando la semilla de la intención que sembramos es sana, el resultado es el fruto de lo que sembramos”.

Una frase que nos conduce a mirar más allá de la superficie de los actos y nos exige mirar el corazón de donde brotan esos actos: nuestras intenciones.

La vida nos regala constantemente ejemplos claros de cómo funciona la siembra. En la tierra, lo sabemos bien: de una semilla de trigo nunca nacerá un rosal, y de una semilla dañada difícilmente nacerá un árbol fuerte. Todo está contenido en el principio. La semilla encierra el destino del fruto.

Lo mismo ocurre con nuestras intenciones. Cada palabra que decimos, cada gesto que realizamos, cada acción que emprendemos, tiene en su raíz una semilla: la intención. Y según sea esa intención —limpia, egoísta, sana o torcida— así será el fruto que tarde o temprano aparecerá en nuestras vidas y en las vidas de los que nos rodean.

A veces, los frutos tardan en aparecer. Una semilla no da fruto de un día para el otro: requiere tiempo, paciencia, cuidado. Así también ocurre con nuestras decisiones: lo que hoy sembramos con la intención de hacer bien, quizá lo veamos florecer meses, años después. Y lo que sembramos con intención torcida, tarde o temprano también saldrá a la luz.

Podemos pensar que lo que cuenta es lo que se ve: las obras, las palabras, los resultados visibles. Sin embargo, muchas veces detrás de lo que se muestra hay un origen que solo Dios y nuestra conciencia conocen: la intención.

Hay actos que a los ojos del mundo parecen pequeños, casi invisibles, pero que nacen de una intención tan pura que terminan transformando vidas enteras. Y también hay gestos que parecen grandes, llamativos, espectaculares, pero que nacen de una intención torcida, y al final dejan vacío, desconfianza o incluso dolor.

La intención es invisible, pero es la raíz de lo visible. Si la raíz está enferma, el árbol se marchita; si la raíz está sana, el árbol crece robusto.

Por eso, no basta con hacer cosas buenas; es necesario también preguntarnos: ¿desde dónde las hago? ¿Desde qué intención? ¿Desde qué semilla nace mi acción?

Una intención sana no significa perfecta ni libre de dudas. Significa que nace del deseo genuino de aportar, de cuidar, de

construir, de dar vida. No se trata de buscar reconocimiento, ni de inflar nuestro orgullo, sino de que lo que hagamos tenga un origen noble.

Cuando nuestras intenciones son sanas, aunque nos equivoquemos en el camino, aunque el fruto tarde, aunque otros no lo vean enseguida, siempre habrá algo bueno que saldrá de esa siembra.

Por el contrario, cuando nuestras intenciones están manchadas por la envidia, el resentimiento, la vanidad o la manipulación, puede que al comienzo las acciones se disfracen de éxito, pero el fruto tarde o temprano mostrará su sabor amargo.

Permítannos contarles una historia que nos ayuda a comprender este tema con claridad.

En un pequeño pueblo vivía un anciano campesino llamado Mateo. Toda su vida se había dedicado a trabajar la tierra, sembrando trigo y hortalizas. Era conocido por su humildad y por la paz con la que vivía.

Un día llegó al pueblo un joven ambicioso llamado Julián. Quería hacerse rico rápido, y al ver el éxito de las cosechas de Mateo, decidió imitarlo. Compró tierras, semillas y comenzó a sembrar.

Pero había una diferencia: mientras Mateo sembraba con paciencia, cuidando cada planta y regándola con esmero, Julián solo pensaba en cuánto dinero ganaría. Usaba fertilizantes de

mala calidad para ahorrar, descuidaba el riego y trataba mal a sus trabajadores, exigiéndoles más de lo que podían dar.

Al principio, las tierras de Julián parecían prosperar más rápido que las de Mateo. La gente lo miraba con admiración y algunos decían: “Ese joven superará al viejo campesino”. Pero con el tiempo, las raíces de las plantas de Julián se enfermaron por los químicos y sus frutos comenzaron a ser amargos y de mala calidad.

En cambio, las tierras de Mateo dieron frutos más lentos, pero firmes, dulces y abundantes. La gente volvió a comprarle a él porque sabían que sus productos eran sanos.

Un día, Julián, desesperado porque nadie quería sus frutos, fue a ver a Mateo y le preguntó:

**—¿Qué hiciste para que tus cosechas sean mejores que las mías?
Yo sembré lo mismo que tú.**

Mateo lo miró y le dijo con calma:

—No sembraste lo mismo. Yo sembré con intención de alimentar y cuidar la vida. Tú sembraste con la intención de enriquecerte rápido. Y lo que siembra la intención, eso recoge la vida.

El joven comprendió entonces que la semilla más importante no era la que se enterraba en la tierra, sino la que se sembraba en el alma.

Esta historia nos recuerda que la vida no se engaña. Podemos aparentar durante un tiempo, podemos correr más rápido que

otros, podemos disfrazar nuestras intenciones; pero tarde o temprano, el fruto nos revelará cuál fue la semilla que sembramos.

Lo invisible siempre termina haciéndose visible. Y lo que parecía pequeño —una intención noble, un gesto sincero— termina dando frutos que sostienen a generaciones.

Desde lo humano, sembrar con intención sana es apostar a la verdad, a la honestidad, al respeto. Es tratar de actuar no solo para ganar, sino para construir juntos. Es elegir no hacer daño aunque tengamos la oportunidad de sacar ventaja.

Desde la Fe, sembrar con intención sana es confiar en que Dios mira no solo nuestras manos, sino también nuestra alma. Que Él sabe cuándo los frutos llegarán, aunque nosotros no veamos aún el campo florecido. Sembrar desde la Fe es hacer lo correcto aunque nadie lo aplauda, sabiendo que lo invisible también tiene valor eterno.

El fruto no se impone, no se fabrica: es consecuencia. El árbol no se esfuerza en dar fruto, simplemente lo da porque su raíz está viva. Lo mismo ocurre con nosotros: si cultivamos intenciones sanas, los frutos serán buenos de manera natural.

El fruto es la consecuencia de lo sembrado. Y cada día, con cada decisión, con cada palabra, sembramos algo. Preguntémonos entonces: ¿qué estamos sembrando? ¿Qué frutos deseamos dejar en quienes nos rodean?

Cuidar la semilla significa cuidar nuestro interior:

Revisar si nuestras acciones nacen del amor o del egoísmo.

Preguntarnos si lo que hacemos busca dar vida o alimentar solo nuestro orgullo.

Ser conscientes de que todo lo que sembramos en el alma de los demás, tarde o temprano, volverá a nosotros.

Hermanos y hermanas, pensemos en lo cotidiano. Cuando un padre o una madre educa con amor, aunque los hijos no lo entiendan en el momento, esa semilla germinará en el futuro. Cuando un trabajador realiza su tarea con honradez, aunque nadie lo felicite, esa semilla dará paz y confianza. Cuando un amigo escucha con sinceridad, aunque parezca un gesto simple, esa semilla sostiene vínculos para toda la vida.

Por el contrario, cuando sembramos envidia, chisme, mentira o resentimiento, los frutos tarde o temprano serán desconfianza, ruptura y dolor.

Nuestra Guía la Hermana Teresa una vez nos dijo:

“El gran secreto está en comprender que la semilla más importante no está en la tierra, sino en la intención que llevamos en el alma.

Si siembran con intención sana, el resultado será siempre un fruto sano, aunque tarde en llegar, aunque el mundo no lo vea enseguida. Y si alguna vez dudan, recuerden que la vida tiene una ley silenciosa pero justa: lo que siembran, cosechan.

Sembrar amor trae frutos de amor. Sembrar paz trae frutos de paz. Sembrar confianza trae frutos de confianza.”

Por eso, hermanos y hermanas, cada uno de nosotros tiene en sus manos la posibilidad de sembrar el futuro que quiere ver, no solo en su vida, sino también en la vida de quienes lo rodean.

Pidámosle a Dios que nuestras intenciones sean siempre semillas limpias, y que nuestros frutos, cuando lleguen, sean dulces y abundantes para todos.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.

